

Recensiones

SWINBURNE, R., *¿Hay un Dios?* Traducción de Miguel García-Baró y Pedro García-Baró (Sígueme, Salamanca 2012). 189 pp. ISBN: 978-84-301-1799-4

Presentamos la traducción de este libro del profesor de Oxford Richard Swinburne, sobre la cuestión de Dios, cuya primera edición es del año 1996. Ante los incesantes descubrimientos de la ciencia moderna la pregunta acerca de la existencia de Dios y su divina causalidad no sólo no ha desaparecido, sino que cobra cada vez una mayor actualidad. Si los científicos se apoyan en aquellas teorías que, con mayor probabilidad, explican los hechos observados por ellos, así el autor sostiene que la tesis de la existencia de un Dios personal, análogamente conocido, se muestra tam-

bién hoy como la mejor y última explicación para la existencia del mundo ordenado y de su conservación, para la existencia de los seres humanos y sus múltiples relaciones, así como para dar razón bien de los milagros que atestigua la religión cristiana, bien del significado de la experiencia religiosa de tantas personas. Según él, es la teoría más probable, de la que se desprende un nuevo modo de vivir marcado por un compromiso ilimitado ante Dios mismo y ante los demás.

Tal es la postura denominada teísmo (Capítulo 1), la que sostiene que Dios es personal, o sea, sujeto de ciertas facultades y capaz de obrar intencionalmente según ellas; más aun, que posee la facultad de crear, conservar o aniquilar –en su omnipotencia- cualquier cosa. Un ser divino omnipotente, omnisciente y perfectamente libre. Ahora bien, estos atributos básicos –también el de la eternidad- requieren una lectura prudente que excluya todo sentido unívoco. De la omnipotencia se desprende su pura espiritualidad, su omnipresencia, la creación y conservación del universo. De un ser así depende especialmente que las cosas inanimadas obren para producir sus efectos, o que las animadas tengan la facultad de decidir intencionalmente. De su voluntad perfecta y su omnisciencia límpida se desprende su bondad. Dios es un benefactor generoso cuyos mandamientos crean en nosotros unas obligaciones morales. Pero también él mismo las asume respecto del cuidado de cuanto ha creado y debe conservar. Para el teísmo Dios es un ser absolutamente necesario, y todas y cada una de sus propiedades esenciales también lo son, de modo que si le faltara alguna no sería Dios. La cuestión está en saber si una tesis así es digna de fe, si estamos ante una afirmación verdadera.

Cuando los hombres intentamos dar razón de los sucesos que nos rodean (Capítulo 2), descubrimos unas explicaciones que son inanimadas junto a otras de tipo personal o intencionales. Las primeras se refieren a sustancias inanimadas y a sus facultades, así como a sus sujeciones y sucesos que las provocan; las segundas corresponden a las personas, sus facultades, propósitos y creencias. Reducir todos los sucesos a las primeras resulta sumamente difícil de sostener; tanto como prescindir en absoluto de ellas. La física o la química descubren unas leyes que rigen el comportamiento de su objeto de manera universal y necesaria, y ello permite la predicción. Dicho de otra manera, hablar de explicación inanimada es hablar de unas condiciones iniciales junto a la ley de la naturaleza, en el origen de un suceso. Sus grados van de la explicación plena a la explicación completa, pasando por una explicación parcial; grados que dan razón del cumplimiento de los hechos con mayor o menor necesidad. El autor resume en cuatro las condiciones o criterios que hacen y justifican que una teoría científica sea tenida como verdadera y capaz de dar explicación de un suceso cualquiera: que nos lleve a esperar muchos sucesos distintos observados en campos diversos (cuánto más pueda explicar, mejor); que lo propuesto sea sencillo (sólo aquellos elementos que sean necesarios); que se adecue al conocimiento anterior, y que no haya otra ley rival que haga esperar otra cosa distinta o que explique mejor el hecho (que ofrezca más bien certeza que simple probabilidad). La explicación de un suceso no sólo abarca a su teoría correspondiente, sino a las condiciones descritas. Además, los mismos criterios valen para dar la explicación de los

comportamientos personales; también intervienen cuando se trata de dar razón del mundo que cae fuera de nuestra observación.

Ambas explicaciones, la causación inanimada y la personal, suelen darse juntas y muchas veces se implican mutuamente (Capítulo 3). A la ciencia le corresponde combinar ambas a fin de encontrar lo que el autor denomina la explicación completa de un suceso; a la metafísica, empero, dar un paso más, y preguntarse por la explicación última, es decir, por aquella realidad de la que todo depende en su existencia y sus propiedades. Para el materialismo todo suceso remite, en última instancia, o a una explicación completa inanimada, o a una serie indefinida de situaciones anteriores. El humanismo rechaza una causación inanimada para los sucesos personales, pero se distancia igualmente de explicar personalmente los factores inanimados. Entre ambos, el teísmo apela a una explicación completa personal también para los fenómenos inanimados: una explicación personal que conduce finalmente a Dios como causa del ser de los entes y garante de su conservación. De estas tres posturas, es la última la que goza de mayor aceptación para el autor, y ello por su coherencia con los cuatro criterios señalados, fundamentalmente por su mayor sencillez. Su simplicidad reside, básicamente, en sostener una única causa última para todo, en la que se encuentran en grado infinito las perfecciones que, diseminadas, encontramos en las cosas: poder, conocimiento y libertad. Más sencilla resulta la explicación todavía si dichos atributos los tiene Dios eternamente y por esencia.

El hecho asombroso de la existencia de todo cuanto nos rodea en el universo, incluso la cierta regularidad de su “comportamiento”, reclama una explicación que sea verdaderamente última (Capítulo 4). Con ejemplos del mundo de la física subraya el autor la patente –y casi absoluta– regularidad de dichos fenómenos, que permite la acción influyente del hombre en el mundo. Es la hipótesis del teísmo, la que postulando la existencia de Dios, mejor da razón del mundo y de su orden; y la que, afirmando la generosidad divina, mejor justifica la posibilidad que nosotros tenemos de influir con nuestro conocimiento y libre control. No estamos lejos de la famosa quinta vía tomista: junto con el orden, la belleza del cosmos también nos habla de Dios. La compleja y enmarañada organización de los cuerpos humanos o animales parece conducir con más probabilidad a un Dios creador, sabio y bueno, que al ciego azar o a la casualidad. Frente a una lectura puramente evolucionista, el teísta postula la voluntad de Dios como última explicación a la regularidad de las leyes físicas o químicas. La suma complejísima de condiciones, que hacen posible el surgimiento y posterior desarrollo de la vida, no parece ser el mero resultado de un juego ciego y azaroso; o al menos, ésta no parece ser la explicación ni última, ni más completa o razonable.

Esto no significa que el autor ignore la causalidad propia del proceso evolutivo, sino afirmar que la conciencia en el hombre –o por usar un término tradicional, su alma– requiere una explicación, y que el teísmo ofrece la más coherente (Capítulo 5). El “dualismo” de sustancias da razón de la diferencia que hay entre los eventos físicos y los mentales: sólo la existencia de algo más que la materia, de la que cuerpo y cerebro están hechos, puede explicar el amplio y complicado mundo mental, el dominio

de sus pensamientos, de sus sentimientos, de los propósitos y deseos, etc. Si se trata de explicar por qué algo físico causó la aparición de almas con sus propiedades mentales, Swinburne no encuentra en la propia ciencia una explicación última, según los criterios expuestos anteriormente. El origen de la vida consciente, de sentimientos, elecciones y de la razón, parece quedar fuera del alcance de la ciencia. Pero si la ciencia empírica no ofrece la última explicación a la unidad de cuerpo y alma, por mucho que los fenómenos de ésta puedan surgir evolutivamente de aquél, la afirmación de la existencia de un Dios omnipotente aporta, en cambio, esa explicación adecuadamente: sólo la afirmación de un Dios bueno puede crear y conservar las conexiones causales entre los eventos mentales y los cerebrales, puede dar razón de la existencia del alma y de la libertad con la que el hombre escapa al puro determinismo material.

La tesis del teísmo, según la cual la existencia de Dios es la mejor explicación última del universo, no puede ignorar una posible intervención –por excepcional que sea– de ese mismo Dios a favor de sus criaturas, sobre todo cuando los hombres se dirigen a él para presentarle sus necesidades más profundas (Capítulo 7). Si una autoridad cualquiera, a nivel humano, es capaz de romper sus propias reglas para atender las súplicas insistentes de sus subordinados, mucho más Dios será capaz de suspender temporalmente las leyes naturales en beneficio de sus criaturas. Como dice el autor, en la medida en que tenemos razones para creer que hay Dios, las tenemos también para creer que Dios interviene en la historia en algunas ocasiones, aunque no sepamos bien en cuáles o las leyes naturales no lo exijan. Esta postura viene avalada por hechos históricos del pasado, así como por la afirmación de los testigos que los vivieron. Cuando la ciencia no encuentra otra explicación, ni puede reproducir las excepciones registradas, tendremos motivo para creer en una posible intervención divina suspendiendo las leyes naturales. Y si además contamos con informes y pruebas históricas suficientes, así como con el testimonio de testigos directos, tendremos una prueba, aunque indirecta, de la existencia de Dios. Aunque la propia razón humana puede lograr algunas afirmaciones sobre la verosimilitud o no de la revelación divina y avanzar hacia Dios, sus capacidades limitadas hacen que encuentre en los milagros la garantía necesaria y adecuada para adentrarse en ese nuevo ámbito de realidad. De todas las grandes religiones es la Cristiana la que, fundada sobre el gran milagro de la resurrección de Jesús y el testimonio de algunos ante sus contemporáneos, manifiesta mejor la autenticidad de sus revelaciones.

Al margen del número de individuos que compartan una misma experiencia, el hecho de que esta se apoye en la creencia de que lo percibido es tal y como se muestra, tal y como parece ser, da sentido a una experiencia como la religiosa. Siguiendo lo que el mismo autor denomina “principio de credulidad”, creemos que las cosas son como nos parecen ser mientras no tengamos pruebas que indiquen lo contrario; es decir, mientras no tengamos motivos para pensar que nuestras percepciones son engañosas o poco fiables por alguna causa, referente al sujeto o al objeto de dichas percepciones. Si a este principio le acompaña el “principio del testimonio”, por el cual alguien que no tiene una determinada experiencia debe creer, en principio, a quien dice tenerla a menos que conste, de manera evidente, su engaño o

ilusión, entonces la experiencia religiosa aparece en su legitimidad como verdadera. Con parecidos enunciados se pronuncia el argumento del consenso universal a favor de la experiencia religiosa y por tanto de la existencia de Dios.

Finalmente, el autor reflexiona sobre el mal como la objeción más seria que se plantea a la existencia de un Dios bueno y creador (Capítulo 6). El autor parte no del hecho de que Dios exista, sino de la suposición de que su existencia, de ser real, no excluye la permisión de ciertos males. Si el hombre es libre, esto comporta que no siempre hace buen uso de sus elecciones, sino que a veces las orienta hacia el mal moral. Nuestra responsabilidad nos permite hacer mucho bien, pero incluye la posibilidad de hacer mucho mal también; perversión que, no obstante, resulta ser la condición para recibir un bien mayor. Por ser creada nuestra responsabilidad es limitada, y encuentra en la autoridad creadora de Dios su última explicación: al poder de Dios, que determina nuestra libre capacidad, también para obrar mal, le acompaña su sabiduría, que establece los límites en que podemos hacerlo. Por lo que respecta al denominado mal natural, en él encuentra el autor la posibilidad para una libre elección, toda vez que nos pone ante situaciones valiosas: no sólo nos ofrece numerosos conocimientos a propósito, sin anular la misma libertad, sino que posibilita ciertas respuestas entre las que el agente debe escoger, es decir, hace posible que el hombre obtenga lo mejor de sí mismo al asumir las mejores decisiones. ¿Acaso el oro no se purifica en el crisol? Y los grandes hombres, ¿no se forjan a través del dolor? La argumentación apunta, finalmente, hacia una vida plenamente dichosa tras la muerte: Dios no sólo permite tantos males, como medio o condición para la obtención de muchos bienes en la tierra, sino que también nos asegura y nos dispone para una compensación eterna.

En el trasfondo de una teología racional, y algo más brevemente que en algunas de sus obras anteriores, el autor expone su argumentación a favor del teísmo, sin renunciar al diálogo fecundo tanto con afirmaciones propias de la ciencia, como con aquellas estrictamente filosóficas. Aun cuando su itinerario inductivo tenga la debilidad –el alcance– propia de las elaboraciones de la sola razón natural (y desemboque, en el mejor de los casos, en la conveniencia o probabilidad de la tesis de Dios y no en una certeza absoluta o necesariamente concluyente), tiene en cambio el mérito de exprimir al máximo su virtualidad específica: de este modo el libro se convierte en un buen instrumento en nuestras manos al servicio del diálogo con los no creyentes (pues habla un lenguaje común), pero a la vez contribuye, de manera singular, al proceso de maduración personal de su fe, que el creyente debe realizar.